

# DESMASIFICANDO LA SOCIEDAD

Juan XXIII había criticado —en su encíclica *Pacem in Terris*— la falta de coherencia entre el ideal cristiano y las realizaciones de los cristianos responsables de nuestro mundo actual.

Es lo mismo que Antonio Machado señalaba en su tiempo —hace por tanto buen número de años— respecto a nuestro país —por boca de su personaje literario Juan de Mairena—, diciendo: «Es cierto que se avecinan guerras terribles, revoluciones cruentísimas, entre cuyas causas más hondas pudiéramos señalar, acaso, la discordancia entre la acción y sus postulados ideales» (A. Machado, *Antología de su prosa*. Editorial Cuadernos para el Diálogo. Madrid, 1970).

Esto ya sucedió; pero su esquema hemos de hacer todos porque no ocurra nuevamente. ¿Cómo? No ocultando ni frenando los síntomas, sino yendo a resolver las causas y, sobre todo, esa incoherencia que señalaba Machado, y que tan malas consecuencias tuvo y podría volver a tener.

Pero el mal no sólo es ése. El otro es olvidar que —en la Iglesia y fuera de ella— nada puede perfeccionarse y realizarse si no es con el concurso de todos. No un concurso masivo —más o menos inducido—, sino la cooperación personal y personificante.

«Nosotros no pretenderíamos nunca educar a las masas», decía Machado; porque las masas pueden ser disciplinadas y dirigidas, pero nunca pueden hacer algo personal. Por eso, la masa —en nuestra sociedad de consumo o en vías de serlo— debe ser convertida en pueblo. Y para ello hay que dirigirse al hombre, a todo hombre, para hacerle salir de su «sombra».

No se olvide, concretándonos a la Iglesia, que el catolicismo —y no sólo preferentemente— y todavía lo es— «órgano supremo de salvación de masas» (o. c.). Pero no debía preocuparse de la salvación masiva, sino de la salvación del hombre, porque el concepto de masa aplicado al hombre, de origen eclesial y burgués, lleva implícita la más anticristiana degradación de nuestro prójimo que cabe imaginar... No olvidemos que, para llegar al concepto de masas humanas, hemos hecho abstracción de todas las cualidades del hombre, con excepción de aquella que el hombre comparte con las cosas materiales: la de poder ser medio con relación a unidad de volumen. De modo que, en estricta lógica, las masas humanas, ni pueden salvarse ni ser educadas. En cambio, siempre se podrá disparar —en sentido psicológico o material— sobre ellas» (o. c.).

Por eso, Machado —por boca de Mairena— ponía todo su anhelo en la creación de lo que llamaba Escuela Popular de Sabiduría Superior, en la cual se educase al hombre en cuanto hombre, fuese de la minoría o de la masa. «Nuestra misión es adelantarnos por la inteligencia a devolver su dignidad de hombre al animal humano. He aquí el aspecto más profundamente didáctico de nuestra Escuela Popular de Sabiduría Superior... Y reparad bien que lo superior no sería la escuela, sino la sabiduría que en ella se alcanzase» (o. c.).

Y escuela no sólo es lo que está encerrado entre cuatro paredes, sino todo puede serlo: nuestro trato humano, nuestras actitudes ante la vida, nuestras críticas, nuestro diálogo con seres humanos que piensan de distinta manera que nosotros, nuestro estudio de la realidad, lo que escribimos, lo que hablamos y lo que realizamos. El hombre siempre es «espectáculo» para los demás hombres, como decía San Pablo; por eso, si cada uno nos encerramos en nosotros mismos, en nuestras pequeñas cosas y en nuestras pequeñas ideas, el espectáculo tiene que ser raquítico y bien poco educativo. Lo que hace falta es que recordemos lo que decía la sabiduría china por boca de Confucio: se gobierna más por los ejemplos que por las leyes. De ahí la importancia de todos los medios de comunicación y difusión social —sobre todo aquellos que utilizan la imagen vista o sugerida—, que han de servir de vehículo educativo para una mayor inteligencia de la realidad y de sus tendencias, de lo que hemos hecho hasta ahora. Por eso, no sabemos para qué ha querido la Iglesia tener en sus manos muchos medios de difusión —incluso hasta emisoras de radio— si no ha sabido tampoco cumplir suficientemente con esta

misión concienciadora que tan necesaria es en cualquier sociedad.

Por ello es también tan importante —como afirmaron todos nuestros clásicos, tan preocupados por la manera de dirigir a los hombres— el arte de mandar. Y no sólo a nivel de la sociedad civil, sino a nivel de la Iglesia. A ella se podrían aplicar los consejos que a la sociedad civil daba, hace casi tres siglos, el independiente monje gallego Benito Jerónimo Feijoo: «Las verdaderas artes de mandar son elegir ministros —también eclesiásticos y no sólo profanos, aclaro yo—, sabios y rectos, premiar méritos y castigar delitos, velar sobre los intereses públicos y ser fiel a las promesas: de este modo se asegura el respeto, el amor y la obediencia de los súbditos, mucho más eficazmente que con todo el complejo de esotras sutilezas políticas por razones de Estado... La razón de Estado es el universal motor del imperio, y razón de todo sin serlo de nada. Si se pregunta: "¿por qué se hizo esto?", se dice que por razón de Estado; si "¿por qué se omitió lo otro?", también por razón de Estado. ¿No sería respuesta más racional decir que se hizo porque es justicia hacerlo, o porque así lo dictaba la religión o la clemencia o alguna otra virtud?» (B. Feijoo, *Teatro Crítico*. Alianza Editorial, 1969).

La Iglesia —igual que la sociedad civil— necesita de estos consejos, porque tiene que contar con el pueblo, y no vivir a espaldas de él, contentándole falsamente con buenas palabras altisonantes, o demagógicamente complacientes, sin que tengan la efectividad práctica, que es lo único que verdaderamente se espera, y lo que cumpliría los anhelos de desarrollo social e individual que todos los seres humanos tenemos en el fondo de nuestra conciencia.

Por eso no es extraño que la revista de los jesuitas *Hechos y Dichos* propugne, en su último número, la mayor participación de los fieles en la elección de los obispos, como yo he propugnado siempre desde hace varios años, y como todos tendríamos que opinar —en esto y en otras muchas cosas— para la buena salud colectiva y personal de los hombres.

Estamos acostumbrados —en la Iglesia y fuera de ella— a absolutizar todas las cosas, incluso las leyes. Sin embargo, la reforma emprendida por la Iglesia de su Código de Derecho Canónico —y que querríamos ver realizada a fondo y pronto— revela una cosa bien simple: que todas las leyes hechas por hombres pueden y deben ser perfeccionadas. El arzobispo de Oviedo —aplicándolo a la sociedad civil— lo acaba de decir hace bien pocos días en el diario «La Nueva España»: «Las leyes de una nación no siempre son tan perfectas que no puedan estar, al menos parcialmente, en discordancia con la coincidencia cristiana, rectamente formada por el magisterio de la Iglesia. En estos casos el magisterio de los sacerdotes puede encontrarse en situaciones muy difíciles para cumplir con su misión. Porque ha de estimular a los cristianos al cumplimiento de sus deberes, y ha de formar las conciencias, en orden también a que se perfeccionen las leyes conforme a las enseñanzas de la Iglesia, por medios lícitos y teniendo en cuenta las peculiaridades circunstanciales de una nación».

Yo que soy anticlerical, he de reconocer que sería una falsa postura de creyentes llamar clericalismo a este ejercicio perfeccionador que de las cosas humanas tiene el clero, como tienen por misión todos los hombres, seamos seglares o sacerdotes, creyentes o increyentes. Al igualarnos todos en esta responsabilidad, no podemos excluir tampoco sistemáticamente al clero de ese necesario cometido, que también es cristiano, de ayudar a desmasificar la sociedad de los hombres, sea ésta religiosa o profana.

A esta desmasificación tenemos que auxiliar todos en convivencia cooperadora, sin discriminación de ideas, razas, creencias, cultura o lengua, como subrayaba la Declaración de la Comisión *Justitia et Pax* a principios de este año.

Lo que no podemos hacer nunca es dejar de hablar de lo que nuestra conciencia, de cristianos o de hombres responsables, nos descubre.

MIRET MAGDALENA